

que quieren emular a Tommy (aquel joven ciego, sordo y mudo que se convierte en una estrella del *pinball*, cuando en su adolescencia descubre su talento en el *pinball* con el que se convierte en ídolo de la juventud y en una especie de nuevo Mesías. -Tommy, dirigida por Ken Russell. Música de The Who, 1975-).

Aquel *pinball* idiotizante (aunque maravilloso y divertido) hoy lo reemplaza la “divina manzanita”, que es la culpable de nuestros errores (que se colgó, que no imprimió, que no la sé usar, que el color que yo vi no salió, que la tipografía era otra y no se qué pasó) y dejamos de a poco de pensar y buscar alternativas.

Celebro que cada uno tenga su *pinball* personal que hayan dejado atrás la artesanía y la orfebrería que debíamos emplear cuando cortábamos y pintábamos tipografías romanas en cuerpo 24, pero no celebro que bajemos hoy fuentes tipográficas por el sólo hecho de tener millones y no poder distinguir una Baskerville de una Avant Garde (estamos perdiendo el sentido del ojo. Y no podemos tener diseño en nuestro ser si no adiestramos el ojo).

Pero con tanto “relativismo” todo da igual. Y quiero que me vean y me miren aunque no tenga nada que decir (debe ser el mismo criterio por el cual no importa si tengo faltas ortográficas o me como los acentos. Total, se entiende igual).

Los que amamos el oficio del diseño y más aún lo que amamos la tarea de continuar la tarea de nuestros maestros, no podemos permitirnos que el alumno sólo fundamente su labor por su habilidad ante la “pantallita”, por el mero gusto o por lo que produce en el tiempo que le sobra entre el mensaje de texto y el *chat*.

Mi primer maestro de diseño, un personaje muy conocido, reconocido y asiduo visitante de esta casa de estudios lo primero que me dijo (a fines de los 80) fue que “el diseño es un plan mental” y en una de mis primeras lecturas sobre la Bauhaus, Herbert Bayer afirmaba algo así como que “el diseño empieza por el ojo, sigue por el cerebro y se expresa con la mano”. Esas dos afirmaciones conformaron mi credo y mi guía: curiosidad, búsqueda, información, investigación, planificación, pensamiento...

Estas palabritas deberían estar selladas en la frente de los que se acercan a estas disciplinas proyectuales.

El día que un afiche deje ciego a un transeúnte (no creo que falte tanto) o el día que una organización quiebre porque no comunica lo que quiere que la gente entienda (tampoco creo que falte tanto) entenderemos que el proceso de diseño no es estudiar poco, producir lo necesario y que mi *super notebook* y lápiz óptico resuelvan lo que yo no quiero resolver.

Este es el desafío para que nunca le suceda al diseñador lo que a un cirujano o a un ingeniero cuando fallan con el bisturí o con los cálculos matemáticos.

Este es el desafío para nosotros, los que estamos de este lado del mostrador, ante aquellos que se acercan a estas aulas.

Notas

¹ Hagase la luz: Mandato divino de la creación del mundo que aparece en uno de los primeros versículos del Génesis de la versión latina de la Biblia.

Aportes: cuando la rigidez es compartida

Daniel Gallego

¿En que se parece un curso quejándose de un profe y un profe quejándose de un curso?

En la incapacidad para despojarse de los rótulos.

Antes que un alumno y antes que un profesor, hay una persona.

Y siempre es mejor y más fácil entendernos como personas ¿Me equivoco?

Los rótulos muchas veces son la excusa perfecta (de un lado y del otro) para poner distancias, volvernos infranqueables, mostrarnos fuertes y crear la ilusión de que controlamos la situación.

Entre ese alumno de peinado raro que vive de los mensajes de texto y ese docente que se planta frente a la clase y monologa acerca del tema del día pareciera que no hay punto de contacto posible.

Es verdad.

Pero ese alumno y ese docente (tal vez sin saberlo) comparten mucho más de lo que parece. Comparten el miedo a sentirse expuestos, vulnerables, sin una respuesta adecuada para una pregunta específica.

Mientras el alumno elige casi siempre refugiarse en su rebeldía o introspección, el docente lo hace en sus libros, su protocolo y su lugar de poder.

Permítanme decirlo sin rodeos: los dos son unos cobardes.

No es de valientes refugiarse en el celular ni tampoco lo es evitar a toda costa salirse del libreto. Ambos comparten el miedo a enfrentar al otro desde un lugar humano y se escudan en sus roles para justificar todos y cada uno de esos tics que abortan toda posibilidad de comunicación profunda.

No estoy diciendo con esto que el docente deba ser el psicólogo del alumno ni el alumno amigo del docente. Estoy proponiendo simplemente que nos despojemos de los roles y nos animemos a ver qué se produce con cada relación.

En mi vida universitaria y laboral tuve a mi lado excelentes profesionales que saben un montón ¿Pero les digo la verdad? de ellos aprendí (con suerte) una milésima parte de lo que saben.

De nada me sirve ver a todos esos famosos que ganan premios en Cannes o tienen programas de más de 20 puntos de rating y decir “¡guau! ¡yo trabajo con él!”. La realidad es que de gente así rara vez aprendas algo.

Los únicos que me enseñaron a desenvolverme en este medio son aquellos que se sacaron el rótulo y me hablaron de igual a igual, sin jerarquías ni divismos.

Esa humildad que sólo tienen los que son grandes en serio.

Porque grande no es el que sale primero, grande es el que deja algo en los demás.

Y trasladando esto a las aulas ¿Está bueno lo que sabemos? seguro que sí.

Pero más importante que eso es saber comunicarlo. Y para eso hay que despojarse del rótulo.

Insisto con la idea: si anteponeamos nuestro rótulo, la comunicación nunca será posible.

A esta altura ya imagino lo que deben estar pensando:

“lo que faltaba ¡otro idealista ingenuo!”

Si están en esa línea recuerden que el que está escribiendo es un profesor.

De profesor a profesor, una charla acerca de esto no tendría sentido alguno.

De persona a persona probablemente sí.

Recomiendo repensarlo: si la facultad es de diseño y comunicación ¿Por qué ponemos tanto énfasis en lo primero y tan poco en lo segundo?

Una experiencia de intercambio e integración

Silvia Garay

La cultura como conocimiento social adquirido con sus prácticas simbólicas, normas y valores, dan singularidad a los grupos delimitando espacios significativos e intersubjetivamente compartidos.

Es la comunicación quien toma un papel fundamental en los procesos culturales a través de sus prácticas para el desarrollo y apropiación de la competencia cultural y social promovidas por la educación.

Desarrollar estos procesos y afianzar los resultados válidos es tarea a realizar por los docentes como “enseñantes”, en el espacio áulico, fomentando el intercambio y la discusión que permitan interpretar las manifestaciones expresivas y comunicativas inherentes a nuestras comunidades multiculturales. Promover el respeto por la diversidad y autonomía cultural como sujetos plenos y autónomos también, capaces de respetar y reconocer su individualidad y la de los otros, favoreciendo la incorporación de saberes como futuros profesionales activos y críticos en el ámbito laboral donde se desarrollen.

Una experiencia áulica compartida

Hablar de integración en el ámbito docente es tarea casi imposible por las dificultades que se presentan a la hora de coordinar horarios y espacios compartidos.

La multiplicidad de actividades que desarrollamos a lo largo de nuestra vida profesional hace inexistente esa posibilidad...sin embargo, como creemos en las causalidades más que en las casualidades, coincidimos en un mismo espacio y tiempo (2º cuatrimestre del año 2007), tres colegas de Introducción a la Investigación. Mariángeles Pusineri a cargo de un grupo de alumnos de la carrera de Diseño Gráfico, Paula Danishewsky, en Management Gourmet y Silvia Garay, con un grupo de alumnos de Turismo y Hotelería.

Lo interesante de esta experiencia fue que a lo largo de un cuatrimestre pudimos hacer un verdadero trabajo interdisciplinario, planificado, donde los espacios de intercambio se fueron sucediendo con fluidez, otorgándole a cada grupo también, una dinámica áulica diferente al compartir y reconocer un universo simbólico (conocido para algunos y a descubrir para muchos) que atravesaba a todas las carreras.

Se trabajaron los contenidos propuestos a partir del trabajo grupal con la modalidad de taller de reflexión, donde los alumnos tuvieron una participación activa desde

la propuesta de situaciones problemáticas inherentes a su experiencia en el campo a tratar, para luego abordar los marcos teóricos que subyacen y dan fundamento a la propuesta.

A la riqueza de saberes que poseen los jóvenes, con sus memorias y experiencias culturales que deviene con cada uno de ellos, se suma el espacio de la Universidad como ámbito de convergencia de la diversidad.

El estudiante evoca sus experiencias previas, elabora y contrasta hipótesis, se plantea y resuelve interrogantes. Era el inicio de una investigación en la acción: Teoría-práctica, práctica-teoría y la autocrítica como punto de partida para la superación.

Para los profesores, los recreos se convirtieron en espacios de intercambio de conocimientos y experiencias, no solamente en cuanto a lo referido a las características de los grupos, sino también a lo inherente a las estrategias de enseñanza – aprendizaje, material bibliográfico y sobre todo a la evaluación de los proyectos desarrollados por profesores y alumnos.

Ellos tuvieron la libertad de preguntar, a cualquiera de los profesores, acerca de temas específicos que enriquecieran los contenidos que estaban trabajando y de este modo que les sirvieran de insumos para los distintos temas a desarrollar. Esto permitió la lectura, exposición, confrontación y enriquecimiento de los trabajos y prácticas áulicas a partir de su intercambio.

Ejemplo claro de ello fueron las acciones desarrolladas que culminaron con el trabajo y exposición durante la Semana de Proyectos Jóvenes.

Como actividad previa hubo intercambio de información entre los grupos para preparar las presentaciones multimediales, revisión de trabajos de investigación, exposiciones orales, utilización del vocabulario específico del área a tratar, etc.

Una vez concluida esa etapa fueron reunidos los tres cursos en el auditorio de la Universidad.

La exposición de los grupos se realizó sin orden previo lo que permitió una mayor fluidez e intercambio entre los alumnos.

Al finalizar las exposiciones cada grupo hizo su propia evaluación, que fue tomada como una instancia más de aprendizaje y superación que se vieron reflejadas en los exámenes finales del mes de diciembre.

Se contemplaron los siguientes aspectos:

- En cuanto a los contenidos: Elección de tema, planteamiento de la hipótesis, adecuación al tema planteado, desarrollo, conclusiones generales y conclusiones personales.
- En cuanto a las relaciones interpersonales: Dinámica grupal, liderazgo y exposición adecuada del tema tratado.
- Presentación: Adecuación de la imagen y el contenido, coordinación y coherencia entre la imagen y la exposición oral.
- Evaluación: alumnos y profesores: Evaluación formativa, atendiendo al proceso de aprendizaje de los alumnos con sus intervenciones tanto individuales como grupales. Evaluación sumativa, como evaluación de productos en procesos terminados al finalizar los proyectos. Autoevaluación: evaluando sus propios trabajos y coevaluación: evaluación mutua de profesor y alumnos.